

---

Muchas veces me pediste que te contara esos años y ahora estoy ante un ordenador Vaio, un aparato potente y grande que compré porque lo vi funcionando en otra mesa y me pareció atractivo y manejable, y suficiente para las necesidades de escribir, y ahora está aquí, ante el mar de siempre, el mar está ahora remansado y feliz, como si hubiera cumplido una tarea urgente y viniera a descansar ante mí, largo e inmanejable como el viento del verano, aquí está el ordenador y aquí está el mar y aquí están la música de las mañanas y la memoria que viene con el sol y éste eres tú cumpliendo más años, mucho más viejo que nunca en tu vida, estás a punto de cumplir 60 años, estás ahí, sentado en la penumbra, el mar y su sonido entran por una rendija blanca que le has dejado abierta a la puerta, estás solo, una pierna tuya descansa sobre un almohadón y aún tienes pendiente tu herida, quince puntos, uno a uno, y yo escuché el sonido sibilante de la aguja coser y coser y coser, así hasta el infinito sobre la piel fresca pero anestesiada, el dolor sería insufrible si el médico cosiera sobre la piel fresca, la aguja deja tras de sí ese sonido sibilante, como el de mi madre cuando cosía los pantalones de dril, un accidente, nada, usted se va a reponer en seguida, pero ahí sigue la pierna, reclama atención pero duele tan sólo cuando piensas en ella, es, me decías, un dolor de menor cuantía, todo es un dolor de menor cuantía si lo comparas con los dolores grandes que hay en las noticias que se producen en el mundo y en la vida, los montes quemados, las casas derruidas, las bombas en Irak o el dolor en los rostros de los verdaderamente enfermos, los que

---

no tienen cura ni herida, cuya enfermedad es sorda y permanente y está a punto de quitarles de su cara el último rastro de la alegría, este dolor no es nada si lo comparas, por ejemplo, con la miseria en los barrancos donde alguna vez quisiste ir conmigo, vivíamos como si el tiempo fuera ya para siempre eterno y tú fueras a tener para toda la vida esos años con los que subiste al avión la primera vez que te vi o la primera vez que viajaste conmigo o la primera vez que yo viajé, y tú sabes, lo sabes por lo que ya leías entonces o por lo que escribías, que escribir, y leer, y recordar lo escrito, e incluso tacharlo, o recordar lo leído, e incluso tacharlo, era una hermosa aventura, acaso lo mejor que se puede hacer en la vida y en el mundo, pero mucho antes que escribir o leer está viajar, eso dijiste, eso dices ahora, pero aquí estás, sentado, qué se hizo del viaje, estás sentado, sólo se escucha tu ruido, hablas solo, pero sé que me escuchas, gacela, te sigo llamando gacela, ahora que escucho el sonido del teclado y escribo la palabra *gacela* me viene al alma como un recuerdo veloz, estás y no estás, es una alegría y un dolor, escribo *gacela* y es una alegría y un dolor, siempre fue así, la plenitud y el fracaso siempre dándose la espalda como en un duelo a primera sangre. Gacela.

Escribo.

Pero antes de escribir pienso, estoy en Madrid, éstas son mis maletas, acabo de dejar la isla, regreso a Londres, estoy en medio de una calle de Madrid, es el mes de marzo, me espera el taxi, un avión, Inglaterra, soy un periodista, aquí estoy, abordando una puerta nueva, me acuerdo de esa frase de *El extranjero*, pero esta puerta sólo me lleva a la incertidumbre, no es, no lo podría ser, la puerta que se abre a mi desgracia, o sí, quién sabe qué es una puerta, quién sabe qué hay detrás de una puerta, aquí estoy, en este instante, la puerta abierta del taxi, me espera,

---

he ido a buscar las maletas, negras, nuevas, amplias, son las maletas que he comprado en este mediodía soleado de Madrid unas horas antes de abordar el avión que me lleva a Londres, hablo solo, estoy acercándome al avión, te llamo, siempre hubo un teléfono para mí, en cualquier sitio del mundo, y tú. Tú me escuchas, supongo, pero estoy muy lejos, tan sólo estoy pensando, solo, hablo solo, yo estoy en Madrid, me voy.

Y de pronto, mientras piensas, mientras pienso, mientras escribo, mientras estreno esta soledad absoluta, el silencio de la escritura, mientras pienso, delante del ordenador, rodeado de las cosas que siempre quisiste tener, libros, el sonido de una máquina de escribir, el rugido lejano de los aviones, cartas sin abrir, llamadas de amigos del colegio o de la vida, cuando va a oscurecer y el cielo se pone naranja y tú viajas por las autopistas infinitas de países que sueñas, pasa un hombre, se para ante ese cuadro en el que el cielo y el sol se confunden de día, entra, te dice hola con la voz rota, tú le ofreces una silla, él se sienta trabajosamente, repasa con su mirada desvaída, difusa, tu propia mirada, tú le dices cualquier cosa, le hablas del tiempo, el viento de hoy, ahora el mar está en calma, tú se lo señalas, ahí, ahí está el mar, después de la oscuridad de este cuarto está el mar, es lo que reverbera, él hace un esfuerzo enorme por escucharte, y al final de tu historia, cómo te va, qué has hecho, los años que han pasado, los días, estos minutos eternos en que él intenta sentarse en la silla que le ofreces, él te dice que te va a contar un cuento en el que hay dos pájaros ingleses, ha elegido que sean ingleses, no pueden ser de otro lugar, lo ha dicho con tanta serenidad y con tanta destreza su voz quebrada lo ha dicho con tanta destreza que queda claro que estos pájaros pueden ser cualquier otra cosa pero también son ingleses, él lo ha dicho, ha recuperado la claridad para decirlo. El hombre tiene la mirada turbia, como entorpecida, te mira y al

---

tiempo olvida haberte mirado, eso es lo que dice la mirada, olvida haberte mirado, y tú la esquivas como si la mirada que cae sobre ti fuera otra vez tu propia mirada pero ya una mirada de la edad del sufrimiento que este hombre padece o tiene precisamente a esta hora de la tarde cuando toca en tu casa, te levanta de donde estás escribiendo y ya tú eres él, tienes sus ojos, su angustia, su memoria, tienes su propio modo de andar y despedirse.

El hombre eres tú, te despiertas de pronto, el ordenador Vaio vacío, el mar reverbera, lo ves irse o volver y eres tú, lo tienes ante el espejo.

Tú te adelantas en tu propia silla de ruedas y él empieza a decirte, eran dos pájaros ingleses y uno le dice al otro, y ni la memoria ni él respondían al impulso torpe de su voluntad, así que él volvía sobre su historia, hasta que al final se rindió ante sí mismo, otro día te lo cuento, Juanito.

La mujer que le asiste se lo llevó de la mano, su ropa limpia, su pulóver blanco, su camisa azul y su mirada desvaída, se va hacia el muelle, allí mirará al vacío por donde se van los pájaros cuya historia también se le ha olvidado mientras te la iba contando..., pero mientras él te iba contando esa historia en susurros tú ibas tratando de adivinar qué le ocurrió a los pájaros ingleses, y los veías subir y bajar de una cucaña, pájaros con los pechos encarnaditos, tabobos que cagan en pleno vuelo, tabobos que tú tratas de parar en pleno vuelo con la fuerza de tus dedos enlazados, los pájaros de los nidos, tú subes a buscarlos, están aquí, mantienen sus huevos intactos, bajo el calor de sus propias plumas, y entonces alguien te grita, ¡deja ese pájaro!, y tú lo vas a dejar en el nido, hasta que alguien lanza una pedrada enorme, sucia, una pedrada del barranco o del camino, y lo siguiente que sabes es sangre y hos-

---

pital y puntos, otra vez estos puntos que ahora, tantos años después, dibujan sobre la planta de tu pie, después de un accidente en la isla de Lobos, una especie de araña que camina perpendicular a tus dedos, el médico va cosiendo y cosiendo y tú escuchas el sonido sibilante de la máquina de coser en los pantalones de dril; el hombre cose y cose y tú estás de espaldas, oyes el sonido y poco a poco la herida queda cosida, ya puedes pisar, el dolor vendrá luego.

La anestesia es el olvido, en este momento la anestesia es el olvido. El hombre eres tú, tantos años más tarde; pero ahora escribes, estabas a punto de tomar un avión a Londres, pero ahora escribes, apresas el tiempo, pero el tiempo te invade, está en tu contra. Ahora te vas, pero aquí estás, frente al mar que reverbera.

«¿Y qué se hizo del pájaro?», le preguntas al hombre, sigue en su silla de ruedas, tú le miras, ojos profundos, azules y tierra y marrones y azules y tierra, sus ojos como tus ojos; el hombre te dice: «Salió a volar, despavorido, y allí se quedaron las crías», tú sigues su historia, no le dices, pero tú conociste al pájaro, te sabes su historia, mi madre se llevó las crías a casa, les puso calor y fueron creciendo, tomaban leche de la cabra, los Pájaros del Nido los llamó ella, durante meses los Pájaros del Nido venían a hacerme compañía, cantaban desde el amanecer, mi madre los cuidaba como si fuera también para ella el resultado de una aventura y de una herida, imagino; decía ella que aunque los suelten jamás se irán de aquí, dónde van a tratarlos como los tratas tú, pero un día se los comió el gato en el patio, mi madre no me contó tampoco cuánto lloró por ellos, y la compañía que le hacían a Juanillo, bueno, hijo, ya te cantarán otros pájaros.

Pero no como éstos.

Se fueron los pájaros, se los comió el gato.

---

Algún día tendrás otros pájaros iguales.

Yo sé que no, yo sé que no.

Los pájaros son el tiempo, eso se ve, duran lo que dura el tiempo, no hay más que verlos huir.

No, nunca hay dos pájaros iguales, ¿tú has visto alguna vez que una cosa sea igual que otra?

Sí, las máquinas de coser, las tazas, los teléfonos, las radios...

Fíjate bien y verás que no.

Nunca hay dos pájaros iguales, ni dos tiempos que son el mismo tiempo. Se acaba y a joderse.

Se acaba y a joderse, se está acabando; mira el mar, ya es gris, se acaba también el mar.

Aunque ruja.

Así que no te cuesta nada imaginar el trino de los pájaros, no te cuesta nada imaginar cómo hablan en el cuento que este hombre te va contando. «Los pájaros se tienen que ir», te dice, y él se va levantando, ya lleva ironía en los ojos, los ojos de pronto regresan, como desde una revelación o desde una lucidez súbita, rabiosa, a la tristeza de la que tú le quieres rescatar con una broma; él ríe, te pone la mano en el hombro: «Nos veremos y te contaré el final de la historia de los pájaros ingleses». Ahora se tienen que ir, él, la mujer que le acompaña; me retira lentamente la mano del hombro, la devuelve a su regazo; ahora es una mano modesta, pero pesaba cuando acarició mi hombro por última vez. Le digo adiós con la mano; él me bendice, ríe. Vete con Dios, Juanito.

«Los Pájaros del Nido se tienen que ir», dice desde la puerta, el atardecer recorta su figura flaca y se va yendo y tú te quedas, vuelves a lo que hablaste con él, escribes como si huyeras de la evidencia de la soledad ajena para refugiarte en la propia, él se va, tú te quedas, la sombra del

---

garaje se olvida del mar. Yo estoy aquí, en la sombra; el ordenador escupe ahora lo que quiere, mis dedos le siguen, soy un escriba involuntario, como si escribiera una carta que me dictas tú. Muchas veces me pediste que te contara esos años; ahora que veo cómo subo al avión que me lleva a Londres pienso que es el momento de escribir esa carta, como si hubiera regresado ya para siempre, como si no existiera otro futuro que el de este mar mirándome mientras escribo para saber de ti, para saber de mí, para saber del tiempo que me está tachando.

Esta tarde, digo, lo escribo, aquí está dicho, quiero pensar en ti.

Pero se resiste la escritura y se resiste la vida, así que cuando vuelvo a este ordenador oscuro como el sótano surge otra vez la imagen que acabo de ver, regresa con la fuerza de las sombras que quedan nítidas y para siempre en la memoria, y son memoria ya cuando se están haciendo, el hombre está ahí, es una presencia constante, como una piedra de mar, bañada siempre, bañada, cubierta del agua salada que corroe o sana, el agua perenne. Así que él me pregunta, mientras se sienta, qué has hecho todos estos días, más bien estos años, y en su rostro veo la desolación de su propio tiempo, como si me pidiera a mí mismo que hiciera memoria, que sustituyera con la mía su memoria interrumpida, fragmentada, la memoria como un espantapájaros, y cuando dice cómo te ha ido en todo este tiempo me fijo en su mano que tiembla, su labio inferior también tiembla, y yo le miro fijamente, como si aquí quisiera que su cuerpo adquiriera el equilibrio que él busca, en un instante parece que buscara también auxilio desde el fondo del mar, yo le noto la mano fría, se la acaricio, él viene de otro tiempo, me ha visto ir y venir, por eso me pregunta, qué ha sido de tu tiempo, qué has hecho con él. ¿Vas a contarlo?

Le agarro de un brazo, le doy la mano, le indico el sitio de la silla donde espero que al fin se aposente; no busco su tranquilidad, me digo, busco la suya, si le veo fuerte yo seré fuerte, pero le veo débil y yo soy débil, siempre me ha ocurrido así, con las enfermedades, con las heridas, con los perdedores, con los que llegan tarde, con los que están solos, con los que han perdido el tiempo, con los que han padecido la persecución de la calumnia o de la pérdida, con los que son parte del olvido: de todos los que hubiera en una manifestación o en un estadio o en un presidio o en un barco a la deriva yo sería el que va perdiendo.

Y yo era él en ese momento, él no lo sabía, no tenía por qué saberlo, yo era el hombre que deja caer su mano sobre mi hombro, me bendice desde su silla de ruedas, muestra sus canillas flacas y blancas, lleva un suéter blanco, una camisa azul, sus ojos son los que yo tuve, me dice adiós, yo soy él.

Yo era él, yo soy él, el que pierde, hago memoria para seguir, ésta es la carta, perdona tantas interrupciones, pero qué es escribir sino interrumpir una memoria.

*Cuando ese hombre se fue hacia el mar, a seguir contando en silencio la historia de estos dos pájaros de su cuento, volvió a mí esta carta que empecé a escribir para tratar de contarte aquellos años, los años que tú conoces y los que no conoces, cómo se viven los años una vez que ya es una montaña de arena el olvido que los cierne, los años tal como fueron yendo por dentro, o los años que imagino, los malos años y los buenos años, la soledad y su contrario, el amor y el desamor, tú llegando a la casa de José Ángel, sobre la pizzería, a escu-*

*char a Los Chalchaleros o a Los Fronterizos o a Eduardo Falú, nosotros desnudos escuchando Hair, y tú diciendo adiós desde la puerta de un coche, enfrente del Instituto Italiano, y yo enamorado, y tú ya lejos, y el tiempo que siguió y el alcohol y la droga y la noche sin fin y la borrachera y ese vómito y las ratas y el sol y de nuevo la vida, pero ahí quedan las sombras, muchas veces me pediste, años y años, un tiempo que tú no conociste, y el tiempo que siguió y que tú alguna vez me dijiste que acaso algún día ibas a conocer, quizá, te dije, mi palabra fue quizá, y tú repetiste, con una sonrisa veloz, como cohibida:*

—Quizá.

Ojalá.

*Palabras simples para largos silencios, lo que se sabe y lo que nunca se podrá saber, la melancolía de haber perdido los años, la ilusión de haberlos ganado, al fin y al cabo la historia es como el misterio de esos dos pájaros del nido que no saben que alguna vez van a ser devorados por un gato.*

*Delante de ti o en tu ausencia.*

*Con ese propósito de contarte esos años, si sé y puedo y tengo pericia y ganas y entusiasmo y modo, me compré este ordenador y lo primero que hice fue escribir aquellas palabras del principio («Muchas veces me pediste que te contara esos años...»), añadí algún párrafo más y lo dejé, como si hibernara una carta de reencuentro o de perdón o de despedida o de alegría o de olvido o de esperanza o de nada, y hoy, cuando dije debo escribir debo escribir, se lo debo, te lo debo, rebusqué en la papelera, hice de la memoria un ovillo y al final salió como si fuera aceite ese folio del principio y de ese folio, de su volatilidad como si viniera del mar, como una mesa de aire o de hielo, nace la voluntad de contar, la voluntad de contar, la voluntad de decirte Muchas veces me pediste..., y seguir y seguir, tener la libertad la palabra la letra el signo de seguir y seguir y abrazarte con este texto y olvidar y recordar, y cicatrizar, el tiempo no sirve para nada, tampoco cicatriza, no es nada el tiempo, es como la tintura de yodo so-*

---

*bre la herida, pero la herida se va sólo cuando se viene el olvido, ahí está el mar, devolviendo lo que quiere de lo que tú le dices, el mar es un baúl, como este baúl en el que yo encuentro ahora el encabezado de esa carta hundida acaso en un médano que me hace recuperar, también, el sonido de la arena entre tus pies la primera vez que fuimos a una playa, así que aquí estoy, como si no tuviera años, ingrátido, mis manos sobre el teclado, un café, ahora descafeinado, un bolígrafo viejo, un lápiz, los aviones, yo estoy descalzo, dónde estás, desde esta atalaya sólo veo el mar, él es mi ruido. Gacela.*

—Quizá.

Ojalá.

Pero yo no sé muy bien si este texto te está dedicado o si me está dedicado, si yo soy este que escribe o aquel para quien yo escribo, si hay alguien dentro de mí, en algún sitio de mí, escondido, secreto, que espera estas palabras o si las escribo para hacerme, para construirme o para reconstruirme; sólo sé que escribo en el tiempo, y el tiempo no existe, escribo para curarme, no tengo memoria de lo que sé, cuando escribo voy sabiendo, las palabras me van dictando quién fui, y cuando me digo quién fui ya sé que soy otro, y tú eres otra distinta a la que fuiste, nunca nos bañamos dos veces en el mismo río y en Canarias en concreto no hay ríos, nos bañamos en ese mar que ahora suena y suena como si fuera la mano que me hace avanzar, estoy aquí, te escribo, es decir, me reescribo.

Nadie espera nunca nada, eso sí te lo tengo dicho; nadie espera nunca nada, ni nadie dice nada, el ruido que hay cuando se acaba todo es el mismo ruido de todos los veranos, les siguen los otoños, y luego vienen las primaveras, y antes los inviernos, los malditos inviernos, el frío, las

---

manos ateridas, meando siempre en las esquinas heladas de las ciudades, los barrios, los pueblos, las calles ateridas del invierno, y tú que has estado buscando en el baúl de la nada o de todo y tienes dispuesto sobre la mesa lo que esperas hacer, las notas de viaje, las facturas, los cuadernos en los que has escrito lo que luego has de reescribir, los pensamientos del año pasado, las notas de tiempos que ya no puedes identificar y que además ni recuerdas si has vivido, tú sabes que cuando acaba todo, cuando ya nada es lo que fue y es pálido incluso lo que fue, el silencio se confunde con los ruidos que siguen, nada es nuevo ni viejo, nadie espera de ti nada, nadie te espera, ese hombre que se va como si fuera la sombra flaca que cae sobre el filo del muelle y ya no se ve, la oscuridad, es decir, el tiempo, lo ha engullido, ese hombre te mira como si te esperara, y luego viene otro ruido y eres tú preparándote un té, y luego hay otro ruido, y es el invierno y tú no estarás, y los ruidos que se van sucediendo son los mismos sonidos que seguirán produciéndose cuando tú no estés, y al tiempo que ves a ese hombre herido en el acto de despedirse, ves a otros, sabes de otros que han mostrado la misma desazón, el mismo desamparo, han pasado por ti, tú les escuchaste, les acompañaste, cuando lo recuerdas vienen de nuevo a ti sus rostros y escuchas el mismo silencio que les siguió y tú quisieras llenar ese silencio, acompañarlos con la voz suave, quédate, quédate, porque de ese modo sabes que tú también vas a quedarte, uno agarra al ahogado para que no nos lleve con él, oh, qué rabia, por qué existirán el dolor y la muerte, por qué no habrá un último instante en que la realidad salte hacia atrás y te abrace y el tiempo que pasó ya no sea el tiempo que conociste, por qué no ha de interrumpirse el paso del drama, por qué esa aguja no cesa de doler. *Dios qué vida da rabia beber sin alegría.*

Pero ésa es una ilusión de los adolescentes, tachar lo que está sucediendo, tú no eres ya un adolescente, tus años ya pesan como el plomo sobre el mar del invierno,

---

eres el muchacho que se hizo preguntas, y ahora eres el muchacho que no sabe responderlas, *ah, dueño del mundo, qué soberbia aplicaste a tu planta, libre por los acantilados, sin piedad para el polvo que hollabas, indiferente a leyes, traicionadas canciones...*

¿No lo ves? El mar es plomo, tú caes sobre él, no es sueño, ¿no ves que haces ruido? *También la noche derriba piedra a piedra la choza del mendigo...*

Pero con ese ánimo escribo, te escribo, escribo para tachar el tiempo, para impedir que la realidad sea más importante que el sueño, leí en una inscripción, en la parte más lejana de la isla de Lobos, frente a Fuerteventura, una frase de una poetisa que nació allí, Josefina Pla, en medio de las brumas de sol de aquel islote, una frase que acaso representa la literatura, «convertir en sueños las sombras», acaso eso sea la literatura, la literatura y todo, la vida entera, sombras y sueños, sol y nada, esta misma mañana es una sombra de ayer, ayer se fue, se queda su sombra; las ambiciones humanas, el mundo en que vivimos, todo es una sombra, y si la melancolía no se convierte en un sueño te agarra como un insecto, eres una cucaracha, la vida es una cucaracha o una lagartija o nada si no eres capaz de hacer de esta sombra un sueño, pero existen el dolor y la muerte y ni la literatura ni nada, ni siquiera el sueño, es capaz de devolver lo que roba la implacable cuchilla del tiempo, esa maldita oscuridad, la desmemoria.

Se ha ido ese hombre; me ha dejado una congoja en la garganta; fue grande y perfecto y brillante, sus manos fueron las de un pianista extraordinario o las de un escritor feliz, las de un pintor grandioso, me viene a visitar como si fuera la vida haciéndome señas, le escucho, él qui-

---

so contarme la historia de los pájaros que murieron en mi patio, él los recuerda; ahora pasea sus años y su dificultad para contarme esa historia de los pájaros, y me deja en la mano la frialdad de su tacto, como si abandonara tras de sí un mensaje que es al tiempo un recuerdo y también una palabra tachada, el mensaje interrumpido de los pájaros, lo que no se puede decir, la lengua interrumpida, el recuerdo roto, pero él sabe qué quiere decir, le faltan las palabras, observa ese rigor que el tiempo alarga como una daga sobre lo máspreciado de los hombres, la facultad de hablar y de ver y de señalar, muchas veces buscas el silencio pero cuando ya lo alcanzas lo que te duele es no tener palabras, a este hombre se le han interrumpido las palabras como a quien se le rompen los sueños, *Ahora, vuelta atrás la memoria, asomado al mirador postrero...*

Mientras estaba aquí, sentado ante mí, yo estuve a punto de contarle un sueño propio, estoy en una panadería, saco el pan caliente pero cada vez que el pan aparece sale con él un espejo y el espejo está multiplicando mi rostro hasta la locura, el fuego y mi rostro, un incendio voraz, una pesadilla, parece como si el calor hubiera roto el espejo y en cada rostro que reproducen sus pedazos hubiera un rostro mío diferente, feliz o atormentado, pero el hombre ya no está, yo no tengo a quién confiarle mi sueño, así que mi mente vaga por el teclado, tengo ahora mis manos sobre el teclado, te veo a ti también en esos espejos de la panadería, y mientras te veo están viniendo a mi recuerdo y a mi memoria y a mi olvido y a mi existencia y a mi pasado y a mi muerte las imágenes que me hicieron o que nos hicieron, que me hicieron o que me deshicieron, y todas están esparcidas por el horno de la panadería a una temperatura en la que también arden los cristales de los sueños.

Como si fuera un inmenso baúl, un horno lleno de los espejos que reproducen tu rostro.